

SALUDO A IGNACIO B. ANZOATEGUI

Por EUGENIO MEDIANO FLORES

EN el transcurso de una publicación mensual—en el de esos treinta días de número a número—pueden sucederse en una misma persona cosas dispares. Así nos ocurre hoy, que hemos de unir una bienvenida a un adiós, un «¿Qué tal?» con el «Hasta la vista», en el caso de Ignacio B. Anzoátegui. Por eso nos limitamos a un saludo; un saludo doble al escritor y al argentino. Y conste que, a pura conciencia de español, digo al argentino y no al extranjero.

Ya se comprenderá que después de dicho esto podría perfectamente continuar por el fácil camino del tópico hispanoamericanista, propio para discursos floripondiosos de fiesta de la raza, cosa que ni Anzoátegui ni la REVISTA NACIONAL DE EDUCACION me lo perdonarían nunca. Y yo no quiero ponerme de espaldas a estas dos cosas, que estimo mucho. Mi saludo al escritor y al argentino, y sobre todo al escritor: porque ser escritor me parece una de las cosas más difíciles en todo tiempo y el más supremo de los heroísmos en el nuestro. Ahora bien: ser escritor y no sólo llamárselo. Porque esto último—y ya lo hacen—está al alcance de cualquiera de esos jóvenes o viejos que elabora un artículo, un cuentecito o un soneto al año. No; ser escritor es algo más serio: es, por de pronto, una forma de plantarse y de sentir, de estar y ser

ante la vida. Forma que, aunque a los ojos de los demás aparezca cambiante, inconsecuente y hasta versátil, ante sí, ante la superficie azogada de su alma, donde va reflejándose día a día la vida de los hombres y de los pueblos, la forma de ser y estar del escritor es la pura consecuencia. El escritor ha de encontrarse, como muy bien dice Anzoátegui—en su maravilloso ensayo sobre «Góngora o el poeta»—, con respecto a España en relación con Europa. Es decir, que España no tiene edades, sino que hace las edades suyas. El escritor tampoco tiene edades, tampoco tiene cambios, sino que hace suyos los cambios y las edades de los demás hombres. Y sólo en tanto sea así, su literatura tendrá calidad de perennidad.

Por eso aseguraba que es difícil, rayano en el heroísmo demencial, ser escritor en este tiempo nuestro, cuando estamos viviendo ese atentado de lesa humanidad que permite andar vigente por el mundo la mayor de las estupideces hecha frase: aquel «El que no está con nosotros está contra nosotros». ¡Pues apañados estaríamos si a cada cambio de postura del mundo hubiéramos tenido que adaptar—adaptar es una palabra muy en boga hoy, que la creación está en crisis, por los medios teatrales—las tragedias de Esquilo, *La Divina Comedia*, *El Quijote* o los poemas de Fray Luis de León!... Ahí están, y ahí los va a buscar el mundo cada vez que le convienen. No es, pues, lo mudable el pensamiento del escritor.

Por eso, ante Anzoátegui, lo primero que saludamos es el escritor, porque él viene siéndolo—cien por cien—desde siempre. Y, después de serlo por naturaleza, resulta que lo es bueno y que escribe para sí mismo, lejos del halago actualista y mucho más lejos aún del temor de que ayer, hoy o mañana, en virtud de esa «frase genial» de «quien no está con nosotros está contra nosotros», le tachan de *colaboracionismo integral*. Anzoátegui es, ante todo y sobre todo, una persona seria, y no puede parar mientes en estas frivolidades colectivas, que, por muy dramáticas que sean sus consecuencias, no dejan de ser una frivolidad para la mente y el sentimiento bien organizados de un escritor. Y para esta seriedad suya, de escritor ante la vida, es para la que Anzoátegui vive, porque es la que le da el prisma seguro y severo para analizar a los hombres

y a la vida de los pueblos. Es esta severidad y su penetrante atisbo ante los hechos del mundo los que le hacen definir magníficamente al tipo universal del héroe, diciendo: «El héroe no es el pecador que se arrepiente al final de su vida porque ya no puede pecar: es el pecador que llama a la muerte porque ya no quiere pecar»; o cuando de él dice, contraponiéndole al santo: «El héroe es capaz de combatir contra cien hombres, y el santo es capaz de resistir a una mujer. Y el héroe es héroe precisamente porque no es capaz de resistir a una mujer, porque necesita que Dios le perdone su incapacidad para ser santo.»

Igual agudeza demuestra Anzoátegui cuando, con la misma rotundidad que le caracteriza en todas sus definiciones, y siempre en ese su afán de contraponer conceptos, de trucarse y retrucarse en sus frases hasta formar claramente una idea, dice, al referirse al movimiento mundial renacentista: «El Renacimiento en Europa es un fenómeno espiritual. El Renacimiento en España es apenas un fenómeno de los sentidos. Europa reniega de la Europa medieval, y España se afirma en España. La Cristiandad europea se deshace en Estados, y España consolida en un solo Estado su Cristianidad. Europa se precipita en brazos de la Reforma, y España pone su brazo armado al servicio de Roma. Europa desentierra el arte de la Antigüedad, y España levanta al cielo el heroísmo de la Antigüedad. Europa cierra sus fronteras, y España abre las fronteras del mar. Europa se arrodilla delante de los fuertes, y España se arrodilla para ser fuerte. Europa renuncia a las Cruzadas, y España consume la Cruzada de América.» En esta serie de contraposiciones escuetas, como es escueto siempre Anzoátegui en sus definiciones, está apuntada con exactitud la teoría renacentista.

Pero Anzoátegui—ya advertíamos antes que es escritor cien por cien—no siempre fija su atención y su pluma severamente en las cosas; en su seriedad, sonrío muchas veces—y muy bien, por cierto—y canta otras. Ahí están esos que él titula *Nueve cuentos*, donde campea el más fino humor y la más elegante de las ironías; o el «Vocabulario del espectador de cine», que incluye en su libro *Extremos del mundo*, donde la sonrisa se acentúa hacia mayores gra-

dos humorísticos y satíricos. De su buen cantar, en lírica cortada por un ritmo interior que nos va ganando a medida que se lee, es buena prueba su tomo de poesías.

Hecho este repaso rápido por la obra de Ignacio B. Anzoátegui que conocemos, se comprende que le incluyera entre los escritores y le saludara como tal antes que como argentino, que es ser de la familia.